

casos, es más, muchas veces el deterioro del espacio urbano arrastra al deterioro del espacio privado. Ejemplos sobran. La falta de referencias, de estructura espacial, de jerarquía formal explica lo amorfo y lo monótono de este suburbio. Desde luego es posible otorgar "carácter" o singularidad a un lugar construyendo excentricidades o escenografías. Es un lujo que no nos podemos dar. Además, no hace falta inventar necesidades o falsos significados: las necesidades están a la vista y sólo hay que canalizarlas. Basta recorrer la periferia para ver las estaciones de metro convertidas en plazas, las ferias ambulantes en centros comerciales, las copas de agua en monumentos, y el borde de una autopista en bulevar, para comprobar que la falta de identidad no es un problema de falta de vida urbana sino escasez, o precariedad y descuido del espacio público y del equipamiento.

En un intento por sintetizar las acciones o estrategias concretas que desde la arquitectura nos parece posible plantear para paliar los problemas mencionados, proponemos las siguientes:

a) Estructuración de las viviendas de modo que articulen espacios urbanos definidos, con capacidad de apropiación (tanto espacial, sensorial como de mantenimiento razonable) y de generar identidad.

b) Generación de códigos tipológicos conocidos de calles, pasajes, plazas, esquinas, etc., como una forma de establecer una continuidad con la ciudad existente incorporando obviamente los logros de la ciudad moderna.

c) Proporción de sistema de agrupación que aun cuando se trate de unidades de viviendas muy económicas, se dignifiquen en su lectura de conjunto y permita una organización social adecuada.

d) Diseñar las viviendas con una clara diferenciación entre fachada urbana (de carácter "duro") y fachada interna o de servicio (de carácter "blando").

e) Ubicación de los centros de los nuevos conjuntos tomando en cuenta que son parte de un tejido físico y social mayor que el propio conjunto y que potencialmente es un lugar de identidad, de referencia, de intercambio y de interacción social.



HACIA UNA ARQUITECTURA APROPIADA PARA LA PERIFERIA DE SANTIAGO

TRES PROYECTOS, TRES PROPUESTAS

Eduardo San Martín
Chile

En la Convocatoria para el Encuentro de Arquitectura Latinoamericana se nos propone debatir "cómo debería ser nuestra arquitectura a manera de avanzar en la definición de una teoría y de una realización consecuente y plena de la identidad Latinoamericana".¹ Esta ponencia sobre una Arquitectura Apropiada para la Periferia se centra en la ciudad de Santiago, intenta definir sus diferentes arquitecturas, para luego analizar tres proyectos y tres propuestas que reafirman nuestra identidad latinoamericana.

Santiago, se ha caracterizado históricamente por su crecimiento en extensión y baja densidad. Dada la geografía del valle de Santiago, la ocupación de terrenos agrícolas ha sido la forma más "natural" de ampliación de la ciudad: a la Ciudad Fundacional se le sumó la Ciudad de la República con sus barrios tradicionales, luego la Ciudad Moderna con los suburbios, y por último la Ciudad Informal con las poblaciones marginales. Todas estas expansiones urbanas no estuvieron exentas de superposiciones y rupturas culturales. La periferia actual de la ciudad comenzó a desarrollarse a partir de los años 50 y "explotó" a

comienzos de los 70. Actualmente está constituida por "varias periferias" con diferentes tejidos urbanos: se ha configurado sobre la ciudad un verdadero arco que va desde el "moderno suburbio" de la periferia más rica asentada en los faldeos de la cordillera de Los Andes, hasta la ciudad informal de la periferia más pobre emplazada en la parte más baja de la ciudad.

Teniendo presente que cualquier clasificación puede ser arbitraria e incompleta, intentaré definir las principales líneas arquitectónicas que han intervenido en la periferia de Santiago. Históricamente podemos distinguir tres líneas y tres períodos de acuerdo a la gestión de los proyectos y a su contenido arquitectónico. Estas líneas son: "las arquitecturas oficiales del Estado", diseñadas por burócratas, cuyos proyectos tratan formalmente de "compatibilizar" el espíritu de la época con las políticas gubernamentales para la construcción de la ciudad: las "arquitecturas populares", creadas por el pueblo en su búsqueda de sus propios espacios urbanos sin contar con el apoyo del Estado; y las "arquitecturas de autogestión urbana", producto del

esfuerzo colectivo entre comunidades y arquitectos como reacción a la masificación y a la segregación urbana. Estas líneas arquitectónicas se desarrollaron en Santiago durante tres períodos diferentes: entre 1940 y 1959, año en que se formuló el primer programa global de viviendas en Chile; entre 1959 y 1973, durante los gobiernos de los Presidentes Alessandri, Frei y Allende, con sus diferentes políticas de desarrollo urbano. Las líneas arquitectónicas tuvieron diversas características y expresiones formales a medida que se radicalizaron los problemas urbanos en Santiago y crecieron las influencias culturales de la época.

Resumidamente haré una descripción de estas arquitecturas.

Las "arquitecturas oficiales del Estado" comienzan con las "arquitecturas vecinales", que aparecen en la ciudad del siglo XIX utilizando intensivamente la cuadrícula existente, subdividiéndola en pequeñas manzanas rectangulares o perforándola con pasajes. Hicieron uso intensivo del suelo dejando pequeños patios interiores en las viviendas. Le he llamado "arquitecturas vecinales" porque se insertaron adecuadamente en la cuadrícula original y reforzaron los barrios tradicionales de la Ciudad de la República. Luego vinieron las "arquitecturas racionales", que inspiradas en el movimiento moderno proponen edificios objetos, aislados de su contexto, emplazados en espacios fluidos sin límites, produciendo una ruptura con el tejido tradicional de la ciudad. Los espacios libres de propiedad comunitaria y el diseño de sus calles públicas y áreas de copropiedad, introducen un fuerte cambio en la vieja noción de lo público y lo privado. Por último, las "arquitecturas especulativas de vivienda mínima" del actual período autoritario, comienzan en los 80 apoyadas por una política de subsidios al usuario, quien adquiere su vivienda en los proyectos diseñados por el sector privado bajo las normas del Ministerio de la Vivienda. Los proyectos son construidos obteniendo un alto rendimiento del terreno, de la norma, del dinero, y de los materiales. Son proyectos de manzanas alargadas, con terrenos de poco frente, viviendas mínimas de pareo continuo en dos pisos o simplemente pareada en un piso, dejando espacios

laterales insignificantes en una versión jibarizada del suburbio. También se recurre a una versión en altura con monótonos proyectos de departamentos emplazados en "áreas verdes" nunca construidos. Los proyectos no disponen de equipamientos urbanos y generan un paisaje absolutamente uniforme de imágenes desaliñadas. La imposición de los modelos de las arquitecturas oficiales de los últimos han sido generalmente rechazados por los propios usuarios. Una vez terminados son modificados, sus espacios públicos son adaptados a sus estilos de vida colectiva y las viviendas se transforman según sus propias necesidades. En algunos casos, estas modificaciones han sido tan radicales, que casi no es posible reconocer el proyecto original.

La línea de las "arquitecturas populares" se inicia con las "arquitecturas anónimas" en la Ciudad de la República y se mantienen hasta hoy como una forma de consolidación urbana. Estas arquitecturas vinaculares completaron los ejidos y generaron los *cié*.² Se trata de proyectos generalmente de un piso, construidos con ladrillos hechos a mano, dejados a la vista o estucados. Sus fachadas coloreadas llenas de elementos decorativos reviven los más variados estilos arquitectónicos.³ En el año 1956 con la "Toma de Victoria" –la primera invasión de terrenos en Santiago– se iniciaron las "arquitecturas marginales de masas". Las organizaciones populares pretendían con las invasiones resolver sus problemas habitacionales. El fenómeno de los "sin casa" aumentó hacia 1968 y se aceleró hacia 1973. El gobierno del presidente Frei trata de contrarrestarlo con las Operaciones Sitio (lotes con servicios) y el gobierno del presidente Allende con los Campamentos (Organización popular más equipamiento). Las invasiones pronto se "politizan y tecnifican". Sus asentamientos retoman las formas preurbanas presentes en la memoria de los emigrantes del campo a la ciudad: el trazado más utilizado sigue siendo la manzana tradicional porque satisface sus requerimientos de espacio familiar y facilita una subdivisión más democrática. Sólo en terrenos con accidentes geográficos, adoptan otros tejidos. Los espacios públicos ocupan la menor superficie

posible, delimitados sólo por sus necesidades colectivas, para dar cabida a más viviendas, los equipamientos son mínimos y pronto se debilitan al aparecer actividades de servicio en el interior de las viviendas. Así mismo, los espacios públicos dejan de ser los "espacios pasivos" para los equipamientos y se transforman en "espacios vivos" donde se convoca a las organizaciones para la defensa de sus intereses, para fortalecer la cooperación social y para las manifestaciones de la cultura popular como símbolos de reivindicación y solidaridad. Los nuevos símbolos son el muralismo callejero, la sede de la organización popular, la iglesia solidaria, etc. Los espacios de recreación, si los hay, se reducen a los espacios deportivos que reemplazan la plaza tradicional; es el lugar de la feria y el mercado, de las representaciones culturales y de las fiestas, de las manifestaciones políticas y de los ritos religiosos. Nuevas "actividades económicas" aparecen en el interior del lote familiar para recibir otros "allegados" o para incrementar el ingreso familiar. Es el comienzo de la densificación y de la turgurización del asentamiento, el que luego con su hacinamiento y deterioro realimenta un nuevo ciclo de invasiones. Finalmente, como reacción a las políticas del gobierno militar, algunos centros de estudios urbanos privados con la colaboración internacional, plantean una "arquitectura alternativa" para las Operaciones Sitios y Campamentos no atendidos por el sistema y que necesitan mejorar sus condiciones de habitabilidad. Estos proyectos se iniciaron con el reciclaje de las "mediaguas",⁴ utilizando tecnologías alternativas de barro y madera, con mano de obra no especializada, consolidándose esta línea durante el terremoto de 1983. Actualmente tratan de desarrollar proyectos de viviendas en altura para los damnificados del sismo en el interior de la cuadrícula tradicional de la ciudad.

La línea, de las "arquitecturas de autogestión urbana" se ubica entre las dos anteriores y recibe influencias de las políticas de viviendas y de las nuevas formas de resistencia de las organizaciones populares. Aparecen hacia 1960 con el desarrollo del movimiento cooperativo y con la autoconstrucción dirigida por el Estado.

Son proyectos de un piso que utilizan sistemas tradicionales de construcción y sistemas industrializados con base en paneles prefabricados. Es la época del mayor auge en Chile de las tecnologías intermedias y de los sistemas de productividad para la construcción en serie. Para facilitar el empleo de estas tecnologías, se diseñan viviendas aisladas o de pareo simple que dejan amplios espacios públicos y de circulación para facilitar las faenas colectivas. Posteriormente, durante la Unidad Popular, aparecen en los campamentos las "arquitecturas de resistencia". Los pobladores se organizaron para cambiar los programas oficiales del presidente Allende. El Estado proporciona los materiales y se organizan las brigadas de construcción para la construcción de las viviendas. El proyecto se definía en conjunto con los técnicos del Estado, para primero construir los equipamientos colectivos, y luego las viviendas a través de empresas estatales con participación popular. Esta línea de las "arquitecturas de autogestión urbana" está actualmente representada por las "arquitecturas comunitarias" que se inician a partir del año 1976.⁵

Todas estas líneas arquitectónicas han facilitado el crecimiento en extensión de la periferia de Santiago por fragmentos desarticulados cada vez más caóticos, con bajas densidades, sin servicios ni equipamiento urbano.

¿Cómo proponer entonces una arquitectura apropiada para la periferia? Desde luego, se debe comenzar por analizar y reconocer los diversos procesos de expansión urbana, para luego proponer los tejidos arquitectónicos adecuados para los distintos segmentos de la ciudad. En la periferia ya consolidada, las arquitecturas apropiadas ya han iniciado un trabajo contextual y de perfeccionamiento de los asentamientos y tejidos urbanos actuales, recreando las tipologías existentes y respetando la identidad de los barrios. En general, han reinterpretado sus formas vernaculares recientes con propuestas y lenguajes modernos. Pero es en las áreas de fundación donde se requieren nuestros mayores esfuerzos para generar una modernidad arquitectónica apropiada. Debemos aproximarnos hacia una arquitectura que emerja del emplazamiento geográfico y se adapte

a su clima. Contribuya a la creación de nuevos lugares urbanos que respeten la naturaleza y mejoren el medio ambiente. Utilice eficazmente los nuevos espacios urbanos, sin contribuir al actual derroche de suelos y densidades, ni a la ampliación de servicios urbanos innecesarios. Interprete los anhelos de vida de los nuevos movimientos sociales urbanos y proponga respuestas reales. Rescate aquellos espacios intermedios y elementos arquitectónicos que son parte de nuestras formas de vida urbana, sin imposiciones formales ajenas. Utilice tecnologías intermedias con uso intensivo de mano de obra, sistemas constructivos simples y materiales locales. Posibilite instancias de participación concertada entre proyectistas y usuarios empleando procedimientos más democráticos que los autoritarios de las arquitecturas oficiales. En fin, definir una modernidad propia, que se inspire en nuestra identidad y que a la vez se adecúe al espíritu de los tiempos.

Las "arquitecturas apropiadas" se derivan de las arquitecturas de autogestión urbana, corresponden a un proceso de maduración y a una nueva sensibilidad. Sus proyectos se caracterizan por crear nuevos lugares urbanos; emplear tecnología intermedias; usar espacios, elementos arquitectónicos y colores que refuerzan las costumbres de privacidad familiar y rescaten los espacios intermedios para el uso cotidiano, además de incorporar a la comunidad en sus diferentes formas de participación. Entre los proyectos más representativos de una arquitectura apropiada realizados en Santiago hay que destacar Villa La Reina, Las Comunidades del arquitecto Fernando Castillo y Los Sauces de los arquitectos Vergara y Bravo. Se ubican en diferentes áreas de la periferia de Santiago: Villa La Reina, en una nueva área de expansión urbana sobre terrenos agrícolas en el mismo límite de la ciudad; Las Comunidades, en un área de parcelas semi urbanizadas de bajas densidades ubicadas en una zona de rápida consolidación; y, Los Sauces se desarrolló en medio de un tejido típico de casas y los mínimos de las arquitecturas de especulación.

Villa La Reina, es el esfuerzo pionero más interesante desarrollado en Chile entre 1965 y 1973, producto de

la concertación del Municipio de La Reina dirigido por arquitectos, la comunidad local y la universidad.⁶ Fue un proyecto democrático gestionado con la participación plena e integral de la comunidad de pobladores inestables, quienes se organizaron en una federación de los sin casa de la comuna de La Reina. Los pobladores participaron en el diseño de la Villa, definieron su propia forma de administración del proyecto y utilizaron un sistema de construcción en ladrillo conforme a sus modalidades de trabajo tradicional. Se organizaron en 16 empresas constructoras y posteriormente crearon empresas de autogestión a modo de incorporar a la vida económica comunal a la población anteriormente marginada. Terminado el proyecto formaron su propia Junta de Vecinos y se incorporaron activamente a la vida política comunal. El proyecto se estructuró tal como lo definieron los pobladores "como una villa y como otro barrio más de la ciudad" —con sus propios espacios públicos integrados y a la vez relacionados con la comuna, a modo de superar la segregación territorial. Para ello, el equipamiento comunitario se localizó en las zonas de acceso a la villa, sobre las vías intercomunales, facilitando su relación con la comuna y la ciudad, dejando algunos espacios interiores para los equipamientos locales. Los espacios públicos se redujeron y vitalizaron al máximo: así, la vialidad se proyectó paralela a áreas verdes muy controladas y a los espacios públicos, para no dejar esas "tierras de nadie" típicas de las arquitecturas oficiales. Como complemento, se diseñaron pequeñas plazuelas y una trama de pasajes peatonales con diferentes direccionalidades. Un tejido arquitectónico de manzanas deformadas y fragmentadas privilegiaron la variedad de las formas urbanas en contraposición con la monotonía de las arquitecturas oficiales. Más tarde autoconstruyeron sus equipamientos, mercados, escuelas e iglesias, creando un entorno para una rica vida urbana. Hoy en día es un sector consolidado de la ciudad y es efectivamente otro barrio de la comuna.⁷

De esa experiencia, se desprenden en 1975 los proyectos de Las Comunidades del arquitecto Fernando Castillo. Tal como lo señala su autor,

“construir en comunidad tiene importantes consecuencias en el crecimiento y transformación del medio urbano, en las formas de vida social y en el valor de las viviendas”... “Sacarle jugo al terreno, al cliente, al dinero, al municipio para conquistar enclaves en un desierto de cemento y de fealdad, en contraposición con quienes anhelan un lugar de vida donde se conquista la paz, la armonía familiar, el silencio, la solidaridad compartida”... “La destrucción del suelo natural por la pulverización de éste mediante el loteo, en contraposición con la zonificación armónica entre lo construido y lo libre”.⁸

Las Comunidades de Castillo, permiten a las familias elegir sus terrenos, sus futuros vecinos y participar en el diseño general del conjunto y de cada vivienda. Participan en la obtención y administración de los recursos económicos para la obra. Las Comunidades construyen sus viviendas conservando la propiedad del suelo común, y la mayoría de las casas se entregan en “obra gruesa habitables” y sin trabajos exteriores, que los usuarios terminan con sus propios esfuerzos. Las comunidades imaginan sus soluciones a partir de sus propias realidades y, de hecho, pueden ser vistas como islas de ejercicio ciudadano en la situación política chilena. Las comunidades se emplazan en la zona de las parcelas de La Reina, “rellenando al interior” de las manzanas, respetando el paisaje natural. La organización general de los proyectos es quizás lo más esencial al delimitar las áreas públicas, comunitarias y privadas. Las agrupaciones de viviendas ocupan sólo una parte del terreno, se desplazan y se quiebran para adaptarse a la topografía, vistas y vegetación. Las viviendas se enfrentan a espacios públicos por el exterior y a los espacios comunitarios por su interior. Utilizan patios tradicionales y galerías en las viviendas, y parrones en los espacios intermedios, elementos típicos de nuestra arquitectura del valle central. El destino de los espacios interiores varía según los requerimientos de la familia y son definidos por los propios usuarios. Castillo desarrolla una arquitectura ladrillera sin estucar, como una de las tecnologías intermedias más económicas de uso intensivo de mano de obra.

En resumen, otra calidad de vida

en el uso de los espacios comunes e interiores de las viviendas, otro ambiente en que la arquitectura y la vegetación dialogan en conjunto, otro entorno que respeta la ciudad y la cultura urbana, otra forma imaginativa de asentamiento en oposición al especular, que ofrece una arquitectura comercial como “la panacea, el último avance, la expresión máxima de belleza y como el lugar idílico de vida” como afirma Fernando Castillo.⁹

Otro ejemplo de arquitectura apropiada es el Proyecto Los Sauces de los arquitectos Francisco Vergara y Aldo Bravo realizado en 1983.¹⁰ A diferencia de los proyectos anteriores, propios de la arquitectura de autogestión urbana, Los Sauces en un aporte creativo de sus arquitectos, al proponer nuevas tipologías arquitectónicas y nuevos métodos de construcción en serie en el marco de un típico proyecto especulativo. Su arquitectura se apoya en un intento de recuperación de los barrios de Santiago, recomponiendo un tejido de manzanas y calle corredor obteniendo una alta densidad (506 habs./has.). Utiliza una manzana más pequeña que la tradicional y en su interior emplaza el equipamiento y los espacios comunitarios. Una alineación de viviendas paradas de tres pisos, rota solamente en las esquinas, conforman el espacio público de la calle y delimita a su vez los espacios comunitarios interiores. En las esquinas se localiza el equipamiento comercial, con almacenes y verdulerías, como una referencia más a los modos de vida de nuestros barrios tradicionales, y por las esquinas de las calles interiores se accede a los espacios comunitarios. Básicamente, la vivienda tiene tres metros de frente, doble acceso y una distribución en medios pisos, sus muros exteriores y medianeros están contruidos en albañilería, sus espacios interiores están delimitados por entresijos y tabiques de madera para definir los diferentes ambientes. La simplicidad de su diseño, facilitó su construcción en serie reduciendo faenas, tiempos y costos, haciendo compatible los intereses inmobiliarios con la capacidad de pago de los futuros usuarios. El proyecto aparece como un “asentamiento extraño” de manzanas tradicionales en un tejido arquitectónico de casas y lotes mínimos, modelo típico de los proyectos especulativos.

Los tres proyectos descritos son interesantes aproximaciones hacia una modernidad arquitectónica apropiada para la periferia de Santiago. Ellos representan serios esfuerzos hacia la búsqueda de nuevas formas urbanas, que gracias a la creatividad y talento de sus autores, nos muestran otros caminos hacia la fundación y consolidación de nuestras áreas de expansión urbana. La ciudad vuelve a revivir sobre bases más sólidas y humanas. El arquitecto se desliga del “usuario y del mercado” y se reencuentra una vez más con el hombre y la sociedad como intérprete de sus anhelos y formas de vida. Estos tres proyectos, estas tres propuestas, nos muestran evidentemente un nuevo punto de partida.

Notas

1. Ver: *Arquitectura Correo. Convocatoria IV Encuentro de Arquitectura Latinoamericana*. México. Universidad Autónoma Metropolitana.- Unidad Azcapotzalco y Xochimilco.
2. Una agrupación de viviendas en torno a un pasaje interior dentro de la cuadrícula.
3. Ver: *Inventario de la Arquitectura Anónima*. Cristián Boza y Hernán Duval, Arquitectos.
4. Viviendas de emergencia de 18 m² contruidas de madera y con cubiertas de asbesto cemento.
5. Las “arquitecturas de las comunidades” se describen más adelante.
6. El proyecto se desarrolló durante las alcaldías de los arquitectos Fernando Castillo y Eduardo San Martín, ambos en esa época profesores de la Escuela de Arquitectura de la Universidad Católica.
7. Ver: *El Programa de Autoconstrucción de La Reina, Santiago de Chile*. Eduardo San Martín, Arquitecto. Revista DANA No. 26 de 1988. Documentos de Arquitectura Nacional y Americana. Instituto Argentino de Investigaciones de Historia de la Arquitectura y del Urbanismo.
8. Ver: *Construir en Comunidad*. Fernando Castillo, Arquitecto. Revista SUMMA No. 254 Octubre 1988.
9. Ver: *La Arquitectura Comunitaria* de Fernando Castillo. Enrique Browne, Arquitecto. Revista SUMMA No. 254, octubre 1988.
10. Ver: *Arquitectura y Calidad de Vida: V Bial de Arquitectura*. Revista C.A. No. 41. Colegio de Arquitectos de Chile.